

con frecuencia en mi práctica, lesiones minúsculas, tales como las que puede producir un grano de plomo, lesiones mortales sin embargo, que no se descubren sino después de doce ó quince horas.

Habría continuado largo tiempo, sino hubiera sido bruscamente interrumpido.

—Señor doctor, pronunció el juez de instrucción; tan solo porque se ha cometido un crimen, me encuentro aquí. Es preciso hallar al culpable y castigarlo. En nombre de la justicia requiero en este momento el concurso de vuestras luces...

III

Con esta sola frase, el señor Galpin Davelle se apoderaba despóticamente de la situación y relegaba á un segundo término al doctor Seignebos, al señor Sameschal y al mismo procurador de la República.

Allí solo existía un crimen, cuyo autor había que encontrar y un juez que era él.

Pero á pesar de que había exagerado su inflexibilidad habitual y ese desdén de los sentimientos humanos que ha proporcionado á la justicia más enemigos que sus más crueles errores, todo en él se extremaba con una satisfacción contenida, toda, hasta los pelos de su barba, tallada como los arbustos de Versailles.

—Luego, señor doctor, añadió, ¿decidme si hay algún inconveniente para que interrogué al herido?

— Mejor valdria ciertamente dejarlo en reposo, gruñó el doctor Seignebo: acabo de martirizarlo durante una hora, voy dentro de un momento á comenzar otra vez la extraccion de los granos de plomo de que están acribilladas sus carnes. . . . Sin embargo, si querés. . . .

— Insisto en ello. . . .

— ¡Está bien! despachaos, porque la fiebra no tardará en sobrevenirle.

El señor Daubigeon no ocultó su descontento.

— ¡Daveline! . . . decia á media voz ¡Daveline. . . .

El juez de instruccion no le hizo caso.

Entonces sacó de su bolsa un cuaderno que le servia para recopilar nctas, y un lápiz; se aproximó al lecho del señor Claudieuse y siempre con el mismo tono.

— ¡Os encontráis en estado, señor conde, le pregunté, de contestar á mis preguntas?

— ¡Oh! perfectamente.

Entonces, os ruego me digais lo que sepais acerca de los funestos acontecimientos de esta noche.

Ayudado de su mujer y del doctor Seignebo, el conde se alzó sobre sus almohadas.

— Lo que sé, comenzó, no creo que ayude á las investigaciones de la justicia. . . . Serian

las onces, aunque no puedo precisar la hora con exactitud; ya me habia acostado, habia pasado un gran rato después de haber apagado mi bugfa, cuando un reflejo demasiado vivo, vino á dar sobre mi vidriera. . . Me extrañó porque me hallaba en ese estado, término medio entre el sueño y la vigilia.

Me acuerdo haberme preguntado qué significaba eso, pero no me levanté. Fué un gran ruido, como el del estrépito de una pared al derrumbaree, lo que me posesionó del sentimiento de la realidad. ¡Oh! entónces, saltando fuera de mi lecho, me dije: "Es el fuego!" . . . Lo que redoblaba mi inquietud, era el acordarme de que habia en el patio cerca del edificio, diez y seis mil tercios de leña de la tala del último año. A medio vestir me lancé por las escaleras. Estaba muy turbado, lo confieso, hasta el punto de haber tenido las mayores penas del mundo para abrir la puerta exterior. Lo conseguí sin embargo. Pero apenas puse un pie en el dintel, cuando sentí en el costado derecho, un tanto encima de la cadera, un espantoso dolor, y escuché muy cerca de mí una detonacion. . . .

Con un gesto lo interrumpió el juez de instruccion.

— Vusstra relacion, señor conde, dijo, es en verdad, de una exactitud notable. Sin embar-

go, hay un detalle que precisar. ¿Fué en el instante mismo de salir cuando os hirieron?

—Sí, señor.

—Entónces el asesino estaba cerca, en aecho... Sabia que fatalmente el incendio os haria salir y esperó....

—Tal ha sido, tal es todavia mi impresion, declaró el conde.

El señor Galpin Daveline se volvió hacia el señor Daubigeon,

—Entónces, le dijo, el asesinato es el hecho principal que debe contener la prevencion; el incendio no es sino una circunstancia agravante, el medio imaginado por el culpable, para llegar con más seguridad á la perpetracion del crimen....

—P.oseguid, señor, dijo el juez de instruccion.

—Al sentirme herido, continuó el señor de Claudieuse, mi primer movimiento—movimiento completamente instintivo—fué el de precipitarme hácia el lugar de donde creia habia salido el tiro de fusil!..... Esta segunda herida fué más grave que la primera, porque me faltó el corazon, tuve un vértigo y caí....

—¿No pudisteis ver al matador?

—Esperad. En el momento de caer, me pareció ver un hombre que se lanzaba detrás

de unos tercios de leño, atravesar el patio y desaparecer en el campo....

—¿Lo reconoceriais?

—No.

—¿Habeis visto qué traje llevaba, y poco más ó méaos, podriais decubrir el aspecto que tenia?

—De ningún modo. Una especie de nube atajaba mi vista y él pasó como una sombra.

El juez de instruccion disimuló difícilmente un movimiento de despecho.

—No importa, dijo, lo encontraremos.. Pero continuad, señor.

El conde inclinó la cabeza.

—No tengo ningún otro informe que daros, señor, respondió. Me encontraba desvanecido, y no fué sino después de alguna hora, cuando recobré el conocimiento, aquí, sobre este lecho.

Con cuidado extremo, el señor Galpin Daveline anotó todas las respuestas del conde.

Luego terminó;

—Valveremos, replicó, á ocuparnos minuciosamente de las circunstancias del homicidio. Por el momento, señor conde, importa saber lo que pasó después de vuestra caída. ¿Quién podrá informarme?

— Mi mujer, señor.

—Lo había pensado. La señora condesa ha debido levantarse al mismo tiempo que vos.

—Mi mujer no estaba acostada, señor.

El juez se volvió vivamente hacia la condesa y de una simple ojeada pudo reconocer que el traje de la condesa no era el de una mujer despertada en sobresalto, por el incendio de su casa.

—En efecto, murmuró.

—Berta, prosiguió el conde, la más chica de nuestras hijas que está sobre esa cama, rebujada con un cotector, está pinta por el sarampion y tiene muy sérios sufrimientos.... Desgraciadamente las ventanas del dormitorio de nuestras hijas dan al jardín, del lado opuesto á aquel donde se declaró el fuego.

—¿Cómo, pues, fué la señora condesa advertida del desastre? preguntó el juez de inspeccion.

Sin esperar una pregunta más directa, la señora de Claudieuse se adelantó.

—Tal y como mi marido os lo acaba de decir, señor, respondió: había temido que velar á mi pobre Berta.... Habiendo pasado á su lado la noche precedente, estaba un poco cansada y el sueño se había apoderado de mí, cuando fui despertada por una detonación.... según me pareció. Me preguntaba si sería aquello una ilusión, cuando se escuchó un segun-

do tiro, casi inmediatamente. Más bien asombrada que inquieta, dejé la recámara de mis hijas.... ¡Ah, señor! era ya tal la violencia del incendio, que la escalera se encontraba alumbrada como si fuera el medio día.... Bajé corriendo. La puerta exterior estaba abierta y salí.... A cinco ó seis pasos, al reflejo de las llamas ví el cuerpo de mi marido.... Me arrojé sobre él, no me escuchaba, su corazón había dejado de latir, lo creí muerto y pedí socorro con una voz desesperada....

La señora Seneschal y Daubigeon se estremecieron.

—¡Bien! aprobó con aire satisfecho el señor Galpia-Daveline, ¡muy bien!

—Debeis de saber, señor, prosiguió la condesa, cuán profundo es el sueño de los campesinos.... Me parece que estuve mucho tiempo sola, arrodillada junto á mi marido..... Mucho tiempo tardaron los fulgores del incendio en despertar á los que viven en la quinta, á nuestros obreros arrendatarios, á nuestros criados. Lanzáronse fuera, gritando: "Quemazon!" Me vieron, y corrieren á ayudarme á trasportar á mi esposo lejos del peligro, que aumentaba minuto á minuto. Atizado por un viento furioso, el incendio se propagaba con horrenda rapidez. Tornáronse las granjas en una inmensa hornaza, las ma-

terias ardian, el aguardiente de las pipas lanzaban lenguas de fuego, la llamarada corría sobre nuestra techumbre devorándola..... Nadie conservaba su ánimo sereno.... De tal modo fui aturdida, que puse en el olvido á mis hijas, cuya habitacion humeaba ya, cuando un honrado y valeroso muchacho fué arrancálas del más horrible de los peligros.... Para volver en mí, fuéme precisa la llegada del doctor Seignebo y sus palabras de esperanza.... Quizá este incendio nos arruina: qué me importa, puesto que mis hijas y mi marido se han salvado!....

Con un aire de impaciencia desdeñosa, el doctor Seignebo asistía á aquel prólogo inevitable.

Los demás, tales como el señor Seneschal, el procurador de la República y aun las dos sirvientas, disimulaban su emoción á duras penas,

El doctor, alzando los hombros, gruñía entre dientes:

—¡Formalidades! ¡Susceptibilidades! ¡Puerilidades!....

Quitóse sus anteojos de oro, limpiólos, y volviéndolos á su nariz, sentóse delante de la mesa coja de la pobre habitacion, y empezó á contar y alinear en una escudilla los quinientos ó veinte granos de plomo que había ex-

traído de las heridas del conde de Claudieuse.

Pero á las últimas palabras de la condesa se levantó, y con tono breve, dirigiéndose al señor Galpin Daveline:

—¡Ahora, señor, dijo, sin duda me entregareis á mi enfermo?....

Ofendido, pues tenia motivo para ello, el juez de instruccion frunció el entrecejo.

—Comprendo, señor, dijo con frialdad, la importancia de vuestro cuilado; pero mi misión no es ni ménos grave, ni ménos urgente.

—¡Oh!....

—En consecuencia, me concedereis todavía cinco minutos, señor doctor....

—Diez si lo exigís, señor juez. Solamente os declaro que cada minuto que corra en adelante, puede comprometer la vida del herido....

Se habian aproximado, y con la cabeza echada hácia atrás, se cruzaron una mirada en que brillaba la más violenta animosidad.

¿Acaso iban á trabar querrela á la cabecera del mismo señor de Claudieuse?

Así lo temió la condesa, porque con un acento de reproche:

—Señores; exclamó, señores, por favor....

Tal vez su intervencion no hubiera basta-



do, si los señores Seneschal y Daubigeon no hubieron intervenido cada uno dirigiéndose al mismo tiempo á uno de los adversarios.

De los dos, el señor Galpin-Daveline era todavía el más obstinado porque, á despecho de todo, volvió á tomar la palabra.

—No tengo ya, señor, dijo al señor de Claudieuse, más que una pregunta que haceros: ¿Dónde y cómo estabais colocado? ¿Dónde y cómo creéis que estaba colocado el asesino en el momento del crimen?

—Señor, respondí el conde con voz evidentemente fatigada; yo estaba, ya os lo he dicho, de pie en el dintel de mi puerta, frente al patio. El asesino debió estar apostado á unos veinte pasos, á mi derecha, detrás de uno de los remeros de leña.

Después de haber escrito la respuesta del herido, el juez se volvió hácia el médico,

—Lo habeis oido, señor, le dijo. Os toca ahora fijar la prevencion sobre este punto decisivo: ¿á qué distancia se hallaba el asesino cuando hizo fuego!

—No soy adivino, respondió bruscamente el médico.

—¡Ah! tened cuidado, señor, insistió el señor Galpin-Daveline, la justicia, de la que soy aquí su representante, tiene el derecho y los medios de hacerse respetar. Sois médico, se-

ñor, y la medicina está obligada responder de una manera casi matemática, á la pregunta que os he dirigido....

El señor Saigebos se rió burlonamente.

—¡Verdaderamente, la medicina ha llegado á ese prolijo?... dijo. Cuál medicina! La medicina legal sin duda, que ha adelantado á tal punto que se ha sometido á la discrecion de los presidentes de los tribunales, y obedece á los fiscales.

—¡Señor!....

Pero el médico no era de carácter capaz de soportar un segundo golpe.

—Ya sé lo que me vais á decir, prosiguió tranquilamente. No hay un manual de medicina legal que no resuelva soberanamente el problema de que se trata. He estudiado esos manuales que son las armas de vosotros los señores magistrados instructores.... Conozco la opinion de Devergie y la de Orfila, tambien la de Casper, Tardieu, Biant y Chaudey.... No ignoro que esos señores pretenden decidir con exactitud matemática, como si la midieran á compás, la distancia á que ha sido disparado un tiro de fusil.... No soy tan fuerte. Soy un pobre médico del campo, un simple curandero. Y ántes de dar una opinion que puede hacer caer la cabeza de un pobre diablo, la cabeza de un inocente tal vez,

necesito reflexionar, consultar. recurrir á experiencias.

Tenia evidentemente, razon en cuanto al fondo si no en la forma, de tal manera, que el señor Galpin-Daveline se ablandó.

—Era á título de simple indicio, señor, dijo, por lo que os pedia vuestro parecer. Vuestra opinion razonada y definitiva será necesariamente objeto de un relato circunstanciado....

—¡ Ah!.... siendo así....

—¿ Quisiérais comunicarme oficiosamente las conjeturas que os ha inspirado el exámen de las heridas del conde de Claudieuse?

Con un gesto pretensioso el señor Seignebois se ajustó sus anteojos.

—Mi opinisn, respondió, bajo toda reserva se entiende, es la de que el señor de Claudieuse se ha dado perfectamente razon de los hechos. Creo de buena voluntad, que el asesino estaba emboscado á la distancia que él indica. Lo que puedo afirmar, por ejemplo, es que los dos tiros de fusil se han disparado á diferente distancia: el uno mucho más cerca que el otro; y la prueba es que si uno de ellos, el del costado, le ha tocado, esparciéndosele como un abanico, el de la espalda le ha herido casi de lleno.

—¿ Pero se conoce á cuántos metros hace

efecto la bala de un fusil? interrumpió el señor Seneschal, que oía con desagrado el tono dogmático del doctor....

—¿ Se conoce?... dijo. ¿ Quién lo conoce? ¿ Vos, señor corregidor? Lo que es yo declaro que lo ignoro. Verdad es que no olvido, como vos pareceis olvidarlo, que no tenemos ya como el otro tiempo dos ó tres clases solamente de fusiles de caza. ¿ Habiéis reflexionado en la inmensa variedad de armas, francesas, inglesas, americanas y alemanas que en el día hay por todas partes.... ¿ Cómo os atreveis, señor, á hablar así tan deliberadamente? ¿ Ignorais, pues, vos, un antiguo abogado y magistrado municipal, que sobre esta grave cuestion rolará todo el debate en el jurado?....

Después de lo cual, con el propósito de no contestar nada más, el médico recobraba ya su bisturi y sus pinzas, cuando de repente se escucharon fuera clamores tan terribles que los señores Seignebois, Daubigeon y la señora de Claudieuse misma, se precipitaron hácia la puerta.

Aquellos clamores, ¡ ay! estaban muy justificados.

El techo del edificio principal acababa de desplomarse, sepultando entre sus abrasados escombros al pobre tambor Bolton que dos

horas antes había tocado la generala, y un bombero, llamado Guillebault, el más estimado de los carpinteros de Sauveterre, padre de cinco niños.

El capitán Parensau parecía próximo á volverse loco, luchando por arrancar de la más horrible de las muertes á aquellos desgraciados, cuyos gritos desesperados se escuchaban no obstante el estruendo del incendio.

Todas las tentativas para socorrerlos debieron ser inútiles.

Un gendarme y un arrendatario de los alrededores, que trataron de llegar hasta ellos, se quedaron dentro de la hornaza, de donde no pudieron ser sacados sino á costa de inauditos esfuerzos, en el más triste estado, sobre todo, el gendarme.

Entonces fué cuando se dieron verdaderamente cuenta del abominable crimen del incendiario....

Entonces, y al mismo tiempo que las columnas de humo y los terbellinos de chispas, subieron hácia el cielo los gritos de venganza.

—¡A muerte el incendiario, á muerte!

En aquel momento, el más legítimo de los fureros inspiró al señor Seneschal.

Sabía lo que es la prudencia de los campos

y lo difícil de arrancar á un capesino lo que sobe.

Subiéndose sobre un montón de ruinas, con voz clara y fuerte:

—Si, amigos míos, exclamó, si; teneis razon: á muerte!.... Si, las valerosas víctimas del más cobarde de los crímenes, deben ser vengadas.... Es preciso encontrar al incendiario, absolutamente preciso!.... ¡Lo quereis, no es así?.... Eso depende de vosotros.... Es imposible que no haya entre vosotros un hombre que sepa alguna cosa.... Si lo hay, que se presente y hable.... Tened en cuenta que el más ligero indicio puede guiar á la justicia..... Callarse, amigos míos, es hacerse cómplice..... Reflexionad, consultad....

Rápidos cuchicheos corrieron por entre la turba, cuando de repente:

— Hay uno, dijo una voz, que puede hablar.

—¡Quién?

—¡Cocolé!.... Ha estado allí desde el principio. Es él quien ha ido á buscar á su recáma á las hijas de la señora de Claudieuse. ¡Qué se ha hecho? ¡Cocolé!.... ¡Cocolé!....

Es necesario haber vivido en el fondo de las aldeas, en pleno campo, para imaginarse, para comprender la emoción y la cólera de todas aquellas valerosas gentes que se preci-

pitaban al rededor de las ruinas abrazadas de Valpison.

Al habitante de las ciudades no le preocupa el bandido siniestro que para robar mata.

Tiene gas, sólidas puertas y la policia vela su sueño.

Teme poco al incendio: á la primera chispa, siempre hay un vecino que se encuentra para gritar: "¡Fuego!"

Acuden las bombas y el agua brota como por encanto.

El campesino, por el contrario, tiene la conciencia de los peligros de su aislamiento. Un sencillo picaporte de madera cierra sus puertas y nadie está encargado de darle seguridad en la noche. Atacado por un asesino, si llama, sus gritos no serán escuchados. Si incendian su casa, se convertirá en cenizas ántes de que lleguen los primeros auxilios, y se considerará demasiado feliz si se salva y logra salvar de las llamas a su familia.

Entónces, todos aquellos campesinos á quienes movió la palabra del señor Seneschal, se ocuparon con mucho ardor en buscar por todas partes al que pensaban que debia saber alguna cosa. Cocolé.

Todos lo conocian bien, hacia mucho tiempo.

No habia uno sólo entre ellos, que no le hubiera dado un pedazo de pan ó un plato de sopa, cuando tenia hambre; no habia uno solo que no le hubuiese proporcionado fuego en el rincon de una caballeriza, cuando llovía ó hacia frio y queria dormir.

Era Cocolé uno de esos infortunados que arrastran á través de los campos el peso de alguna deformidad física ó moral.

Hacia ya veinte años que uno de los grandes propietarios de Bréchy, habia construido un edificio y hecho venir á Angulema una media docena de pintores decoradores que pasaron en su casa todo el verano.

Uno de esos pintores habia seducido á la hija de un pobre arrendatario de los alrededores, llamada Coleta, que se habia enloquecido con su larga blusa blanca, su fino bigote negro, su carácter alegre, sus cauciones y sus dichos galantes.

Mas una vez acabados los trabajos, el seductor se fué con sus compañeros, sin ocuparse más de la desgraciada, que del último cigarro que se habia fumado.

Cuando ya no pudo disimular su estado, fué arrojada á la puerta de la casa donde estaba colocada, y sus padres, que apenas podian cubrir sus propias necesidades, la rechazaron sin piedad.

Entonces, despedazada por el dolor, la vergüenza y los remordimientos, anduvo de granja en granja pidiendo limosna, siendo objeto de los insultos, de las burlas y de un trato algunas veces brutal.

En el extremo de un bosque, una noche de invierno, estando sola y sin socorros, dió á luz un niño....

¡Cómo no murieron de frío, de hambre y de miseria la madre y el niño!.... Hay favores providenciales incomprensibles.

Durante algunos años se les vió arrastrar sus andrajos por los alrededores de Sauveterre viviendo de la generosidad que bien caro pagaban á los campesinos.

Poco después murió la madre, abandonada, como había vivido. Una mañana recogieron su cuerpo á orillas de un foso.

El niño quedó solo.

Tenia ocho años y estaba bastante fuerte para su edad; su arrendatario tuvo piedad de él y lo tomó para cuidar sus vacas.

El pequeño miserable era incapaz para ello. Mientras le vivió su madre, habían atribuido á su existencia salvaje su mutismo, sus miradas extraviadas y sus apariencias de bestia feroz.

Cuando trataron de ocuparse de él, descu-

brieron que ninguna inteligencia se había despertado en su pobre y deprimido cerebro.

Estaba idiota, y además atacado de una de esas espantosas enfermedades nerviosas, cuyos accesos comunican á todo el cuerpo, y particularmente á los músculos de la cara, movimientos convulsivos.

No era mudo, pero necesitaba esfuerzos inauditos y tartamudear lamentablemente, para llegar á articular siquiera algunas sílabas.

Cuando los aldeanos estaban de buen humor, le decían:

—Dínos cómo te llamas y te damos un centavo.

Tenia que tartamudear cinco minutos, con toda clase de contorsiones, para decir el nombre de su madre.

—Co ... co.... co.... le... ta.

De allí provenía indudablemente su sobrenombre.

Fué en aquella época cuando el doctor Seignebos, yendo á sus visitas, se lo encontró una mañana en el camino real.

Este excelente doctor, entre otras teorías sorprendentes, sostenía entonces que la imbecilidad no es sino un modo de ser del cerebro, un olvido de la naturaleza fácil de reparar por la aplicación de ciertas sustancias conocidas, el fóforo, por ejemplo.

La ocasion de una experiencia memorable era demasiado hermosa para que no se apresurase á aprovecharla.

Hizo subir á Cocolé con él en su cabriolé, lo instaló en su casa, y lo sometió á un tratamiento cuyo secreto ha permanecido entre él y un farmacéutico de Sauveterre, bastante conocido por sus avanzadas opiniones.

Al cabo de diez y ocho meses, Cocolé se halla enflaquecido de un modo considerable.

Habíaba tal vez un poco menos mal; pero su inteligencia no habia hecho ningún progreso de importancia.

Desalentado el doctor Seignebos, hizo un bulto de la ropa que habia dado á su pensionado, y poniéndoselo en la mano lo lanzó de su casa, prohibiéndole volver á ella.

El médico habia hecho un triste servicio á Cocolé.

Habiendo perdido la costumbre de las privaciones y de andar de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan, el pobre idiota habria perecido de necesidad si su buena estrella no lo hubiera conducido á Valpinson.

Conmovidos de su abandono el conde y la condesa de Claudiouse, resolvieron tomarlo á su cargo.

Nada más que fuerza inútiles las tentativas

que hicieron para dejarlo quieto en una alquería, donde habian hecho darle una cama.

El instinto vagabundo de Cocolé lo llevaba por todas partes, sin respetar ni al hambre.

El invierno, por el frío y la nieve, era lo único que lograba detenerlo. Pero apenas brotaban las primeras hojas, volvía á sus correrías sin objeto, á través de los bosques y campos, permaneciendo con frecuencia, semanas enteras sin reaparecer.

Por lo tanto, después de algún tiempo, se habia despertado en él algo que se parecia mucho al instinto de un animal doméstico educado con mucha paciencia.

Su afecion por la señora de Claudiouse se traducia como la de un perro, por brincos y gritos de alegría en cuanto la veía.

Muchas veces, cuando ella salía, la acompañaba corriendo y saltando en su rededor, siempre como un perro.

Quería bastante á sus hijas, y parecia sufrir separado de ellas, pues lo separaron por temor de que aquellas niñas tan pequeñas se contagiarian con sus gestos nerviosos.

Llegó con el tiempo á ser útil para prestar algunos pequeños servicios, y hacer unos que otros mandados sencillos que consideraban podia desempeñar. Regaba las flores, iba á lla-

mar á un criado y á dejar una carta al correo de Bréchy.

Pero sus progresos llegaron á hacerse muy notables para inspirar dudas á algunos desconfiados aldeanos que pretendian que Cocolé no era tan inocente como parecia; por el contrario, era un "bribon" que se hacia el tonto para vivir sin trabajar.

—¡Ya lo tenemos! exclamaron al fin algunas voces: ¡miradlo! ¡miradlo!

La turba se hizo á un lado vivamente, y casi al instante, tomado de las manos y empujado hácia adelante por varios hombres, apareció un muchacho.

—Estaba oculto allá, detrás de una carreta, dijeron los hombres: ¡el bribon no queria venir!

El desórden del vestido de Cocolé atestiguaba, en efecto, una pícara resistencia.

Era un muchacho de diez y ocho años, imberbe, muy alto, extraordinariamente delgado y tan sin gracia, que parecia contrahecho.

Una selva de toscos cabellos azafrañados se amontonaba en su estrecha y fugitiva frente. Sus ojillos, su ancha boca que dejaba ver sus dientes agudos, su nariz demasiado aplastada y sus enormes orejas, daban á su fisono-

mía una expresion extraña de extravío y de idiotismo, á la vez que de astucia brutal.

—¡Qué hacemos con él? preguntaron los aldeanos al señor Seneschal.

—Es preciso llevarle ante el juez de instruccion, amigos míos, respondió el corregidor; allí en la casita donde habeis conducido al señor de Claudieuse.

—Será necesario que hable, gruñeron los aldeanos.... Lo entiendes, ¿no es así? ¡Vamos! acércate....